tura en hebreo, ó de *Sem-ele*, significando Dios la última parte.

Estas etimologías hebreas vuelven á estar de moda para Semele; y Benlœw las prefiere á la antigua forma griega, σεμνη. Con esta falta de orden y de método, la etimología no adelantaría un paso, vendrían después otros y otros con nuevas aproximaciones en otras lenguas, y estaríamos siempre de nuevo y sin llegar jamás á una interpretación fija y segura.

Semele fué *Hem-er-e;* la sibilante, espirada, y la *r*, *l;* el subfijo primitivo turaniano ó eúskaro, *á*, se cambió en *e*. Los dioses son todos hijos, padres y madres del calor creador, del espíritu vital.

En Tebas se adoraba á Dionyso *Perikiomo*, es decir, Ber-i-jam-a; lo mismo que el Perkun prusiano y el Pardjania védico. La *i* intermedia es producida por el hiato de la primitiva espiración suave, y para impedirlo, es por lo que usaron los aryanos la *d* eufónica en Par-d-jania.

El nombre de Dionyso, dividido en esta forma *Dionyso*, dió lugar á las fábulas de Nisa, nombre común de varios sitios antiguos, por llevar una raíz con el significado de agua.

Hay entre los siameses un espíritu de las aguas, Pnük, que coge y lleva á los nadadores; y en Alemania, cuando se ahoga alguno, el pueblo por un recuerdo religioso de los antepasados, exclama todavía: «el Nix lo ha cogido» (1). El Nix es el espíritu de las aguas. No sería extraño que este elemento acuoso entrase á formar parte de la leyenda de Baco, y una etimología, que supusiera el nombre de este espíritu Nix añadido á su nombre, no dejaría de ser muy atendible, sabiendo que Dionyso fué considerado por algunos, como un

(1) Grimm; *Deuts. Mitho*, pág, 462.

dios sol del hemisferio inferior, hundiéndose en el mar. En todo caso, este *Dio-nix-o*, espíritu del agua, especie de Neptuno, dios á quien se adjudica el antiguo trípode, tuvo de cualquier modo su origen en el hervor del agua. El mito sólo se explica así. El término *Nox*, *Nyx*, la noche, tiene este origen marino, á causa de la desaparición de la luz al ponerse el sol en el elemento líquido.

EL NOMBRE DE APOLO.

Aunque quisiéramos ocultar por un momento la significación de Apolo no podriamos; nuestros lectores la habrán adivinado ya; tal es el poder de la clave por tantos siglos encerrada en el misterio y cuyo descubrimiento publicamos hoy.

Este nombre de Apolo tiene el mismo origen onomatopéico, en efecto, que el de los otros dioses. Su forma relativamente antigua fué Apelon (1) Απλλων, reproducido en parte por el nombre propio *Apeles* y el nombre del mes Απελλαίων de la isla de Tenos. Los de Tesalia decían Απλοῦν. Se han dado de este nombre porción de etimologías; se le ha hecho venir de απολλυμί, que ha parecido tan inverosímil, con su significado de hacer perecer ó morirse, como απολουων, el purificador, que es otra de las interpretaciones.

Bachofen, que cita un sobrenombre bastante raro de *Apolo*, *Apertas*, le aproxima al de una ciudad de Licia Απερλαὶ ὁ Απερρας.

Benlœw, valiéndose de esta caprichosa aproximación, procura explicarlo por el albanés απ dar, abando-

(1) Preller I. 152, nota.

nar, y αποπρτενε, dar el útimo suspiro; en cuyo caso sería Απέρρε, abandonar las tinieblas, la noche; porque ερρέ quiere decir tinieblas en albanés. Los verbos latinos, añade él, *aperire* y *operire*, tendrían de este modo una explicación suficiente, significando separar ó traer las tinieblas, y Apolo quedaría siempre el dios de luz cuyo nombre Φοῖος no sería más que la traducción griega de un antiguo término *lelegeta*.

No se sabe ciertamente, en vista de tales etimologías, expuestas con toda seriedad por los corifeos de la lingüística y de la mitología, qué ha ganado la ciencia desde los tiempos de Platón.

El capricho y la arbitrariedad siguen como entonces, sin método ninguno, interpretando nombres por lenguas nacionales, sin las debidas pruebas ni las comparaciones. Es cómodo encontrar un nombre parecido, y decir: debe ser, puesto que se parece; explicando un misterio por otro misterio, y prescindiendo de la evolución, sin comprender que sus términos más ó menos detenidos ó paralizados, son otras tantas formas evolutivas, que pueden expresar ideas parecidas por su comunidad de origen, pero que nunca pueden ser la verdadera filiación del mito. Así, *Apertas*, el sobrenombre encontrado por Bachofen, no es más que una detención ó parada de desenvolvimiento, que nos revela la forma primitiva del nombre de Apolo, *A-per-on*, en lugar de *Apel-on*, y conservado como epíteto, marcando la antigua identidad.

Tanta, y aun más razón que Bachofen y Benlœw tiene, el que quiere sacar el nombre de Apolo, del hebreo *pol*, *phol*, soplo, palabra, canción, que son indudablemente términos, bastante paralelos con él, de la evolución onomatopéica.

Forchhammer, á causa de las mil confusiones etimológicas del nombre de Delfos, en que se ha hundido,

y queriendo combinar algunas ideas, traduce Apolo por «secador de fango» ὀλοος.

Estas etimologías de Delfos son curiosas y han dado mucho que decir; nosotros no las repetiremos, aunque son una prueba de lo mucho que puede extraviarse la etimología cuando no hay método; pero como después de tanto discurrir, aun no se sepa la significación verdadera de aquel nombre, la expondremos aquí en pocas palabras: Delfos, lo mismo que el delfin de Poseidon y que los nombres de las fuentes Telfusa ó Telfousa, y la palabra *delfys*, δελφυς, con su significado de *uterus*, son otros tantos términos de evolución de otras tantas ideas expresadas por las onomatopeyas del soplo y del calor, y de ello proviene la confusión de las fábulas en que tomaron parte.

Delfos tiene, como los otros, una forma antigua, que se conservó en el eolico *Belfoi*, βελφοί, y que explica perfectamente su significado, siendo en el origen *Ber-foi*, *Berva* ó *Ber-ha-a*, y cambiando la espiración por el digamma en su paso á los dialectos griegos. Se explica de este modo, que el sitio habitado por los dioses, ó donde se suponía, por las circunstancias especiales que concurrían en el, que tenían su mansión predilecta, se llamase *Ber-ha-ia*, espíritu ó foco de creación, residencia divina, mansión sagrada, y después *Delfoi*, olvidándose del significado y plantando allí el *Omphalos* por la tradición del sinónimo, teniéndole también por centro y ombligo del mundo.

Se concibe por lo mismo, que δελφυς, *delfus*, (bel-f-us) tenga el significado de *uterus*, por ser el sitio misterioso de la gestación en el cuerpo humano; y que el delfin, llamado así por su monstruosidad y amplitud de formas, indicando una exuberancia vital, fuese dedicado á Poseidon.

La adecuación exacta de la idea y del nombre en

todos los casos, prueba sin réplica la verdad de nuestros descubrimientos. ¡Qué diferencia, de esta claridad, á esas oscuras batallas etimológicas, reñidas sin salir del estrecho campo de una lengua, explicando nombres desconocidos por otros más desconocidos todavía, sin elevarse nunca al sentido original de la palabra!

Las etimologías del nombre de Apolo son innumerables, como innumerables son también los términos de evolución de las onomatopeyas, que si bien se mira, todas se parecen, por más que envuelvan diferentes significados. Después de las que da Platón en el Cratilo, las que se han propuesto, no llevan mejor camino ni tienen más visos de verdad, faltando á todo lo que debe tener una investigación metódica. Prescindiremos de la mayor parte, por ser cosa pesada y estar ya desechadas. La que hoy es más seguida y considerada más cierta, es la que hace derivar á Apolo del verbo απελλω=απείργω, no sin que se le oponga este grave reparo: que pudo muy bien Apolo haber venido de Oriente, y haberle los griegos amoldado el nombre á su lengua, así como el demiurgo asirio, *Bel*, llegó á ser en Fenicia el dios solar, *Baal*, cuya forma pudo hacer salir por simple metátesis, *Abal*, que se aproxima bastante al dios cretense *Abelios*, y que pudo dar lugar, según se condense ó se aspire la consonante labial, á *Apelios*, *Apelon*, *Apolon*, y á *Afelios*, á *Delios*, y á *Helios*. Y para hacer más fuerza, se recuerda que en Lacedemonia, Helios llevaba el nombre de *Bala* (1). Pero esta extracción semítica de Apolo tiene á su vez el inconveniente de no poder explicar los rasgos y ca-

(1) Hé aquí este nombre *Bala* confirmando nuestra etimología de Helios.

racteres comunes del dios griego con los dioses aryanos, sobre todo con Indra; y poco sirve decir, que el carácter de Apolo es muy complejo y su biografía muy accidentada, para verse obligado á tener un solo modelo, porque esto no haría más que embrollar el mito haciéndole retroceder hasta *Baal*, que era también para los mitógrafos otro misterio, tan grande por lo menos, como el de Apolo. No hay más solución, como quiera que se considere, que la que nosotros presentamos.

Apolo es, como los demás, un término evolutivo de las onomatopeyas *Ha-ber*, perdida la espiración en parte, y habiendo atravesado las formas: *A-bel A-pel*, *A-pel-on*, que es su forma antigua en Grecia, y codeándose en los primeros tiempos de la raza, con Pardjania, Indra y Varuna, al mismo tiempo que con *Belo* y *Baal*. Es el espíritu del calor, el principio de la creación y de la vida que tienen su centro en el sol.

El sobrenombre italiano indicado por Bachofen, *Aper-tas*, lo confirma bien.

Apolo predice como los otros dioses.

La predicción, la adivinización y la mántica, venían de la idea segura, que tenían los antiguos, de la asistencia del espíritu universal en todas partes y especialmente en los templos. No tiene nada que ver, como supone Benlœw, la predicción, con el atributo de luz. El apodo de *Lykosura* es onomatopéico también, como el de Licurgo, y dejamos su prueba á los que vengan detrás. El epíteto Σουρίος es el *Surya* sanscrito y el *Zuri-a* eúskaro, *blanco*, el calor ó la luz del sol.

La relación establecida en algunos parajes, entre Apolo y un elemento neptuniano, proviene como cierto carácter de Dionyso, de la salida y puesta del sol en los mares y en los ríos. En Tarsos representaban á Apolo con tridente, saliendo del mar. Neptuno y Poseidon no son más que epítetos marinos ó acuáticos

del sol, personificado en su mansión ó estación marítima.

Apolo es hijo de Leto que, no se sabe por qué, significaba la noche, y que le da á luz con Artemisa, la luna, en Delos. Se ha supuesto que Leto viene de λανθανω, ó del fenicio *lad*, parir, criar, pero más nos inclinamos á creer que sea también nombre onomatopéico, y en último caso, encontramos un parecido grande con el nombre de Leteo, río de los infiernos, y con el de nuestro Guadalete, río *Lete*, que los árabes llamaron así, añadiendo al nombre antiguo el suyo genérico de río, y que no significaron en su origen sino ríos profundos, de la palabra eúskara *letze-a*, profundidad.

Apolo y Artemisa nacen y surgen naturalmente de la profundidad del espacio ó del abismo infernal, hemisferio inferior, donde estaba el río Leteo, y se suponía la mansión de las sombras. Esta idea del hemisferio inferior que se encuentra en Egipto y en Grecia, no es de extrañar, pues proviene de la figura oval que acertadamente se atribuyó á la tierra desde bien temprano.

Leto era representada en Grecia por tan informe efigie, que ella sola tuvo el poder de hacer soltar la risa á Parmenisco de Metaponte que perdiera en el antro de Trofonio la facultad de reirse. ¡Cómo había de ser bella, la imagen del abismo!

Es cierto que estas piedras ó cantos mal tallados se ven en ciertos sitios, como testimonios del arte primitivo: Apolo mismo era venerado en Amiklea, en forma de columna de treinta codos de alto, con piés, cuatro manos, cuatro orejas, y una cabeza cubierta con un casco. Idolo que revela la gran antigüedad del culto de Apolo, que es mucho más antiguo todavía que su grosera imagen.

Se comprende ahora, que estas evoluciones milenarias de los tipos divinos embrollen algo los epítetos, que son menos respetados que los nombres. Pondremos un ejemplo para que se vea, cómo pierde el sobrenombre todo el sentido, en el tránsito y traducción de una lengua á otra, y cómo los errores, consecuencia de la nueva y adquirida significación de la palabra, pueden oscurecer un mito ó prestarle caracteres que no tuvo. Felizmente, esta traducción de los epítetos es una excepción; lo general es que permanezcan inmutables con el nombre.

Veamos el caso: llámase á Apolo, Σμίνθευς. *Smintheus*, en la Iliada, es decir *ratonero*; epíteto capaz de volver loco á un exegeta que, sin conocimientos previos, se empeñe en explicarlo. ¿Por qué habrá podido ocurrirse, llamar á Apolo de un modo tan extravagante: *ratonero?*

Las primitivas onomatopeyas se han usado, no sólo para dar nombre á los dioses, sino, como hemos visto ya, para designar todo lo fuerte, todo lo grande, todo lo brillante, todo lo bueno, extendiéndolas luégo á infinidad de objetos, por asociación de ideas; de modo que encontrar el origen de los dioses, es casi encontrar el origen del lenguaje. Así, los animales más corpulentos y más fuertes, llevan en su nombre genérico las onomatopeyas, como por ejemplo: el *elefante*, elephans, (ero-van) y el jabalí, que se llama *ever* en sanscrito, y que por una corriente distinta ha llegado á nosotros en mejor conservada forma, si es posible.

El jabalí se llama también en sanscrito *vahra-danta*, especie de apodo que significa diente de rayo, de *vahra*, rayo, onomatopéico también; pero este epíteto fué adjudicado por burla al ratón, que era consagrado á *Rudra*, á quien se da muchas veces en el Veda este nombre de *vara-ha*, como nube tempestuosa que lleva la lluvia y la abundancia consigo.

Se conoce que se tradujo este epíteto, desde muy antiguo, al griego; antes, sin duda, de la emigración á Europa, de los griegos, y que se llamó á Apolo, como en el Arya se había llamado á Rudra, pero resultando un sentido inconexo y estrambótico, en el último caso. Si traducciones como esta, fuesen generales, no habría posibilidad de interpretar los mitos; pero apenas se encontrará otro caso.

En Corinto se adoraba á Apolo *Belerophon*. Han hecho algunos, de este Belerofon, una especie de *Vritra* indio, espíritu de las tinieblas que es domado y vencido por Apolo, montado en su carro, con la cabeza rodeada de rayos luminosos. Pero entonces ¿por qué llamar en Corinto, *Belerofon* á Apolo?

Los epítetos suelen ser nombres más expresivos y mejor conservados de algún rasgo principal y característico del Dios.

Belerofon viene á confirmar la significación del nombre de Apolo, por si alguna duda quedase. Es la onomatopeya del calor, repetida para mayor claridad y fijeza, llevando consigo la del soplo, casi perdida ya en el nombre de Apolo; es, ó fué en el origen: *Berero-phon*.

Por todas partes encontramos, pues, el soplo y el calor adorados en la brillante manifestación del sol: *Ha-ber*.

Decharme dice, que no hay etimología que baste, para explicar el nombre de Apolo, ¿podrá decirse esto de ahora en adelante? (1).

ARTEMIS.

Desde luégo se conoce, que *Artemís* ha atravesado en su evolución alguna lengua semítica, por el parecido que tiene con las diosas lunas Astharté, Istar y Astaroth, siendo ella luna también. Parece, en efecto, la segunda parte del nombre Astharté: *Arté*, con un nuevo elemento final que es preciso estudiar, porque se encuentra en varios otros nombres de divinidades. Artemis ha sido indudablemente, en el principio, la misma Astharté, ó al menos, ha heredado la misma forma primitiva: *Ah-er-te*, *As-thar-té*, por el enlace eufónico, perdida la espiración. Sólo después de haberse asignado á la forma espirada, *am*, *ma*, un significado especial de luz, muy posteriormente, se le pudo añadir esa terminación *mis* que la caracteriza.

(1) Mith gral. cap. 5.º

Se observa en la evolución de las onomatopeyas primitivas, una tendencia á adquirir nuevos significados, cada vez más abstractos, en virtud de la asociación de ideas, que parte siempre de la idea más simple, material y concreta. Esta forma *am am*, cuyo sonido repetido produce la raíz *ma*, no expresó en el origen, más que la idea de respirar; después, inmediatamente, vivir, venir á la vida, nacer, como consecuencia de la respiración, síntoma perceptible de la vida. De aquí el sanscrito *Maîa*, la gran madre, el principio generador; los *manes*, espíritus latinos, los que viven, y *manare*, salir, darse á luz, como el sol á la aurora; *mane*, la mañana, es decir el nacimiento de la luz; *manía*, un nombre antiguo de la madre de los seres; *matuta*, la aurora, etc.; Medea, que va con Jarón á la conquista del vellocino de oro, el crepúsculo vespertino, es la aurora; *Maîa*, sobrenombre de *Bona Dea*, asimilada á veces á Medea, engendradora; *Manius*, el niño que nace por la mañana; en fin, *Ma*, aplíquese á lo que se aplique, indica siempre algo que nace, algo que sale á luz. La aurora, cuyo nacimiento era esperado, antes del hallazgo del fuego, en las noches interminables del oscuro invierno, llenas de peligros y